



pedido en efecto. Unidos á los melecianos los arrianos, y fortalecidos de este modo en Egipto, celebraron un falso concilio en Tiro, y depusieron á Atanasio (335), á quien el emperador, engañado, desterró á Tréveris, estimando llegar más pronto á la concordia con el sacrificio de un solo hombre. También fué desterrado Marcelo de Ancira. Pero en el momento en que Constantino iba á reinstalar por la fuerza á Arrio en Constantinopla, el herejarca fué atacado de una muerte ignominiosa, cuando se dirigía triunfalmente á la iglesia de los Apóstoles (335). Poco despues murió Constantino durante las fiestas de Pentecostés (337). Sus hijos Constantino el Joven y Constante, adictos á la fé de Nicea, contrabalancearon la funesta influencia de Constancio, el menor de ellos. Atanasio fué devuelto á su atribulada iglesia, segun el deseo formal de Constante. Pero, apénas vuelto, los eusebianos dirigieron contra él nuevas intrigas, acusándolo de los más infames crímenes ante Constancio, que les era adicto, y á más se picaba de teólogo. Muerto en una batalla Constantino el Joven, protector celoso de Atanasio, lograron los astutos eusebianos confundir en el concilio de Antioquia (341), con excelentes decisiones, pérfidos decretos, que más adelante llegaron á ser el motivo de la deposicion del obispo de Alejandria. Atanasio, despues de exhortar á su iglesia para que permaneciese firme en la fe católica, se dirigió, seguido de dos piadosos monjes, Isidoro y Ammonio, cerca del papa Julio, con el objeto de impetrar la proteccion que ya habian impetrado del Pastor supremo de la Iglesia universal los obispos desterrados, Marcelo de Ancira, Asclepas de Gaza, Lucio de Andrinópolis, y Pablo de Constantinopla. Por su parte los arrianos se habian dirigido también al Papa, demandándole un concilio. Pero se les aguardó en vano en el concilio que el jefe de la Iglesia celebró en Roma (343), al cual concurrieron multitud de obispos y sacerdotes del Oriente, la Tracia, la Celesiria, la Fenicia y la Palestina. Prévía una escrupulosa averiguacion, fueron declarados inocentes los obispos desterrados, y vituperados severamente por el Papa los autores del destierro como promove-

dores de sedicion en la Iglesia y desertores de la fe de Nicea. Las disposiciones hostiles de Constancio no dejaron al Papa otro recurso que convocar un concilio en Sárdica de Iliria (347). En él fueron acusados los eusebianos de los más atroces crímenes; y en su consecuencia se separaron bajo frívolos pretextos, celebrando aparte sus sesiones, primero en el palacio imperial de Sárdica y despues en Filipópolis. No por esto cesaron los occidentales en sus trabajos: declararon la inocencia de Atanasio, la ortodoxia de Marcelo y la excomunion de los arrianos. También se envió una diputacion al emperador Constancio, con el objeto de suplicarle que concediese la vuelta de los obispos desterrados, y prohibiese á las autoridades seculares el inmiscuirse en adelante en los negocios de la Iglesia. Avergonzado Constancio de la indigna superchería de que se habia valido el partido de Filipópolis, intitulado concilio de Sárdica, para falsificar un decreto del verdadero concilio, concedió la vuelta de Atanasio (349). El triunfo de este intrépido confesor fué coronado por la tierna alegría de su iglesia, y la pública retractacion de sus acusadores, Ursacio de Singiduno en Moesia, y Valente de Nurcia. Pero la ignominia que cayó sobre sus enemigos encendió en sus corazones el deseo de venganza, y trataron de nuevo de acusar á Atanasio ante el débil y tiránico Constancio, á la sazón único dueño del imperio, como traidor, que procuraba poner límites al poder imperial, defendiendo la independencia de la Iglesia católica. El papa Liberio impetró un concilio en Arlés (353), á fin de evitar nuevas acusaciones y embarazos. En este Concilio obtuvo Constancio, valiéndose de amenazas, la condenacion de Atanasio, firmada por el mismo Vicente de Capua, legado del Papa. Mas cuando llegó á su apogeo la violencia del emperador fué en el concilio de Milan, celebrado en 355. «Lo que yo quiero, dijo á los obispos, debe ser para vosotros una ley de la Iglesia: tal es el poder que reconocen en mí los obispos de Siria; escoged, pues, entre obedecer ó ser desterrados.» De esta suerte se frustró el intento de los obispos de no consentir la confusion de los negocios eclesiásticos con los del Estado.



El despotismo sin límite ni medida del emperador arrancó la condenacion de Atanasio y la adhesion del concilio á proposiciones arrianas; y en su consecuencia fueron desterrados el firme Liberio, los valerosos obispos Lucifer de Cagliari é Hilario de Poitiers, llamado el Atanasio del Occidente, el sabio y apacible Eusebio de Vercelli, Dionisio de Milan, el centenario Osio, y muchos otros obispos; y arrojado de su silla el gran Atanasio por mano de Siriaño, seguido de cinco mil soldados armados de todas armas (356).

Habiase formado desde el principio, entre los adversarios del símbolo de Nicea, una opinion poco diferente de la del Concilio, sustentada por los dos Eusebios. Eusebio de Cesarea sostenia una subordinacion menor en el Verbo, no enseñada por los arrianos: en lugar de *homooúsios*, ponía *homoióúsios*; Eusebio de Nicomedia rechazaba toda igualdad de sustancia; sin embargo, todos sabian ocultar hábilmente su verdadera opinion, y forjaban continuamente nuevos símbolos semiortodoxos, semiarrianos. En Antioquia habian forjado ya tres (341), y cuatro años despues (345), imaginaron un cuarto más desarrollado. Pero cuando fueron substituidas por la fuerza las decisiones de Nicea con las de los arrianos de Milan, los arrianos estrictos, seguros de su victoria, se pronunciaron más formalmente, y el arrianismo llegó á sus últimos límites por el capadocio Aecio, diácono de Antioquia, y el obispo de Cicea en Misia y Eunomio. Este último, pensador superficial, pero consecuente, oponia como única autoridad de fe las santas Escrituras á la tradicion de la Iglesia, y destruía enteramente la idea del misterio, pretendiendo llegar á la inteligencia absoluta de Dios y su esencia divina. Como existe, decian ellos, una distancia infinita entre el Criador y la criatura, de la misma manera Cristo, siquiera se halle muy elevado sobre la creacion, es en cuanto á su esencia completamente desemejante del Padre. Por esto se les llamó á estos herejes anomeos, apellidándose los más moderados semiarrianos ú homousianos.

Esta diferencia en las opiniones heterodoxas se manifestó muy pronto, por animadas discu-

siones, en las dos reuniones de obispos arrianos, celebradas en Sirnio de Pannonia y en Ancira (357, 358).

Allí se redactó de nuevo un símbolo anomeo, la *segunda fórmula de Sirnio* (la primera databa del 351), la cual se atribuyó falsamente á Osio, á la sazón desterrado. Este símbolo rechaza las expresiones *homooúsios* y *homoióúsios* como no bíblicas, y que por lo mismo no debian ser empleadas. Y por más que declarasen que la determinacion de la sustancia del Hijo sobrepujaba el humano conocimiento, decidió sin embargo que el Padre está más elevado que el Hijo en gloria, en dignidad y en dominacion, sólo por su nombre, y que el Hijo le está subordinado del todo. El concilio reunido en Ancira bajo la presidencia de Basilio, obispo de esta ciudad, confirmó por su parte la doctrina semiarriana, y rechazó severamente la de los arrianos. La lucha de las sectas arrianas se hizo con este motivo más viva. Pero queriendo por último Constancio poner término á estas controversias, forzó Ursacio en una asamblea de su partido (358) la *tercera fórmula de Sirnio*, en la cual se pronunciaba con términos oscuros, pérfidamente calculados por los semiarrianos, declarando que, segun la Escritura santa, el Hijo es en todo semejante al Padre; mas se pasó prudentemente en silencio la sustancia. Semejante perfidia llegó á engañar al anciano Osio, desterrado aún, de manera que se allanó á suscribir la segunda fórmula de Sirnio. También se pretende que el mismo papa Liberio le prestó su asentimiento, probablemente á la primera fórmula, que en cuanto á los términos no era precisamente herética. Pero lo que parece más probable es que Constancio, obligado por las súplicas de las damas romanas, y temeroso de que estallasen algunos movimientos sediciosos, permitió que el Papa volviese á Roma.

En los dos concilios de Rímni y de Seleucia (359), convocados con miras pérfidas por el emperador en Oriente y Occidente, se mostró tan inconsecuente y vacilante la doctrina arriana, que parecia nacida el día ántes, y se decia irónicamente de los arrianos: «Conceden al emperador el atributo de eterno, y se lo nie-



«gan al Hijo de Dios.» Por lo que toca á los obispos católicos, declararon solemnemente que su fe no era ni de ayer ni de hoy, y que si habian asistido no lo habian hecho para aprender lo que debian creer, sino para declarar lo que creian y oponerse á las novedades. Las medidas de violencia, empleadas con perseverancia por el emperador, llegaron á arrancar aun á los obispos católicos de Rimini la adopcion de un símbolo equívoco, al cual opusieron una invencible resistencia el papa Liberio, Vicente de Capua y Gregorio de Elvira. Entonces, exclama San Jerónimo, gimió el universo al verse arriano. Aunque en Seleucia fuesen muy numerosos los semiarrianos, los amonianos, sostenidos por Constancio, les llevaron ventaja, y la mayor parte de los primeros fueron depuestos; pero este fué el último acto importante del déspota Constancio.

Hilario, y sobre todo Lucifer de Cagliari, irritados con la fuerza que ejercia sobre las conciencias, ó más bien llegados ya á la desesperacion, hicieron oír á Constancio palabras enérgicas, hasta el punto de poderse creer que habian olvidado sus deberes como súbditos del emperador.

Llevado Juliano de la idea de introducir la perturbacion en la Iglesia cristiana y establecer sobre sus ruinas el resucitado paganismo, levantó el destierro á los obispos; y al punto los obispos de Oriente, aterrados hasta entonces, abandonaron el partido de los arrianos, que quedó reducido á un pequeño número, usando por su parte los obispos católicos toda la dulzura necesaria para el restablecimiento de la concordia (concilio de Alejandria 362). Solo Lucifer de Cagliari se mostró descontento, y su obstinada resistencia dió origen al cisma de los luciferianos. Á pesar de esta dichosa pacificacion, Juliano desterró por cuarta vez á Atanasio. En tiempo de Joviano obtuvo un momentáneo triunfo, y fué desterrado por quinta vez bajo Valentiniano y Valente. Sólo este último persiguió á los católicos, sin que se contuviese en su carrera de odio y de violencia, hasta que logró templarlo el valor intrépido de Basilio el Magno. Cuando ya se acercaba el momento del triunfo, y la divini-

dad de Jesucristo iba á ser proclamada por toda la tierra, fué llamado Atanasio á mejor vida, para recibir la corona que habia conquistado durante su heroica lucha en los combates del Señor (373).

Las numerosas divisiones surgidas en el partido de los arrianos prepararon su ruina, que fué completada por la victoriosa milicia de los doctores de la Iglesia. Estos continuaron la obra de Atanasio, é influyeron tanto más sobre el pueblo cristiano, por cuanto habia permanecido por sentimiento fiel á la verdad en medio de las apasionadas disputas de que ella era objeto, y «sus oidos eran más santos» que el corazón de los sacerdotes.

Entonces aparecieron en Oriente los tres grandes capadocios, unidos por la amistad y la fe: el profundo y grande Basilio Magno, el vivo y clásico Gregorio Nacianceno, y el teólogo y popular Gregorio de Nicea. Tambien se señalaron en este combate de la fe contra la herejía el ciego Dídimo, Anfiloquio, obispo de Iconio, el poeta lírico San Efren de Siria, Cirilo de Jerusalem, Teodoro de Tarsis, Teodoro de Mopsuestia, Epifanio de Salamina y el gran Crisóstomo. Esta union de los obispos católicos del Oriente y del Occidente sólo fué turbada en parte por el cisma de los melecianos. Desgraciadamente Lucifer de Cagliari, ordenando al sacerdote Paulino, alma y jefe del partido que trataba de suceder á Eustaquio, dió consistencia á este mismo partido, el cual ejerció una duradera y lamentable influencia, con la fórmula tan controvertida de las *tres hipóstasis* (melecianos), ó de una *hipóstasis* (eustathianos). El obispo Flaviano, que sucedió á Melecio, llegó á ser reconocido por Roma, merced á la intervencion de San Juan Crisóstomo y de Teófilo, obispo de Alejandria. De este modo se extinguió en parte el cisma (398), que no desapareció del todo hasta su segundo sucesor.

Mientras que los defensores de la fe de Nicea se multiplicaban de este modo, los arrianos perdieron á su principal jefe en Euzoyo, obispo de Antioquia (376), y muy poco despues al emperador Valente, que les habia sido favorable, siquiera al fin hubiesen cambiado al-



go sus disposiciones con respecto á ellos (378).

Teodosio el Grande (379), arrastrado por la elocuente palabra de Gregorio Nacianceno, que le habia explicado la fe de Nicea, hizo á pesar de su resistencia volver á entrar en triunfo y en medio de un aparato militar á aquel santo obispo en la iglesia de los apóstoles de la arriana Constantinopla. Tambien publicó el piadoso emperador (380) la célebre ley por la cual se pronunció en favor del concilio de Nicea, ordenando á todos los fieles que se llamasen cristianos católicos.

En Occidente, eran los atletas de la fe el papa San Dámaso, y el intrépido y piadoso obispo de Milan, San Ambrosio. Consolidóse la paz, y los esfuerzos de todos aquellos generosos confesores y doctores ilustres quedaron plenamente justificados en el concilio reunido en Constantinopla bajo la autoridad de Teodosio (381).

Este numeroso concilio, elevado al rango de segundo ecuménico por el consentimiento del Papa y los obispos de Occidente, confirmó las decisiones del de Nicea, y declaró solemnemente contra los macedonios, semiarrianos, que el Espíritu Santo debia ser adorado como el Padre. Y como Teodosio hubiese, segun ya lo hemos dicho, promulgado leyes civiles para asegurar la realizacion de estos decretos (384), el arrianismo desapareció del imperio romano, y fué á refugiarse entre los bárbaros, godos, vándalos, y lombardos, que por todas partes se adelantaban, y de los que habrá ocasion de hablar en la historia de la segunda época.

Algunas expresiones oscuras ocasionaron que fuese acusado de sabelianismo, y aun depuesto Marcelo, obispo de Ancira, uno de los más firmes defensores del símbolo de Nicea. Uno de sus discípulos, Fófino, diácono en Ancira, y más adelante obispo de Sirmio, enseñó un error manifiesto (341), pretendiendo que el *Logos* no era una persona, sino una virtud divina que se manifestó en Jesús. Segun él, no era Jesús más que hombre; Dios lo adoptó por hijo á causa de sus virtudes; desde el momento en que haya entregado su poder al Padre, el *Logos* se separará de él. Apoyábase Fófino para sostener su error en los textos de I

Timot. II, 5; I Corint. XV, 47; Juan, I, 1; Gén. I, 26; VIII, 1; XIX, 4; XXX, 26, y Dan. VII, 13. Los semiarrianos le condenaron en Antioquia (345), y los ortodoxos en Milan (347 ó 49). Por último, los eusebianos le desposeyeron en el primer sínodo de Sirmio (351), por haber condenado de nuevo las opiniones sabelianas sobre la extension y la concentracion de la sustancia divina. Esta condenacion fué renovada por otros varios concilios y por el de Constantinopla (381), de la manera más terminante, lo cual no fué parte á impedir que esta herejía amenazase reaparecer en Bonosio, obispo de Sárdica.

Los dos Apolinarie de Laodicea habian merecido bien de la Iglesia católica por las apologías del Cristianismo que habian compuesto contra los filósofos paganos, y por la perseverancia con que habian defendido la igualdad de la sustancia del Padre y del Hijo contra los arrianos. Pero, al esforzarse por conservar en toda su integridad la doctrina de la unidad de la naturaleza divina y humana en Cristo, cayeron en un error opuesto. La doctrina de Arrio iba especialmente dirigida contra la Trinidad y la relacion del Verbo con el Padre; mas la de Apolinar versó principalmente sobre el Verbo hecho hombre. Adhiriéndose á la hipótesis de la tricotomía platónica del hombre (*Soma, Psychè Pneûma ó Nous*), y á la doctrina del *Sraducianismo*, decia Apolinar: «Es cierto que el Cristo ha tenido un cuerpo humano y una (*Psychè*) humana, pero en lugar del *Pneûma* humano, el *Logos* divino estaba en él; pues si se admite lo contrario ó hay que admitir dos Hijos de Dios, dos personas engendradas por Dios, ó no ver en Cristo más que un puro hombre, sostenido por el *Logos*. Existe, pues, un dilema irresoluble, á saber: «ó se niega que Cristo haya existido sin pecado, ó si se admite su impecabilidad y su union perfecta con el *Logos*, hay que negar la libertad humana, atributo esencial del sér racional. Por último, en este caso habriamos sido redimidos por un hombre, y de consiguiente sería ineficaz la redencion.»

Combatiendo este error Atanasio y Gregorio Niceno, demostraron vigorosamente la necesi-



dad de la union real de la humanidad y la divinidad en el cuerpo, el espíritu y el alma de Cristo. Más adelante lo demostró igualmente San Agustín con su ordinaria sagacidad y de una manera todavía más evidente. El concilio de Alejandría (362) y el de Roma, celebrado bajo el papa San Dámaso (378), rechazaron la doctrina de Apolinario, rechazada además por los concilios de Antioquía (379) y de Constantinopla (381), en los cuales se declaró solemnemente que Cristo es hombre perfecto, así como Dios perfecto. Habiéndose fraccionado la secta de los apolinaristas, se desvaneció al final del siglo III.

Hasta esta época no se había aún tocado sino accesoriamente á la doctrina del Espíritu Santo, cuya divinidad negaban sin embargo los arrianos. Pero cuando Atanasio, Hilario de Poitiers y San Basilio Magno hubieron demostrado en sus escritos la relacion de la divinidad del Verbo y del Espíritu Santo, se exigió á todos los arrianos convertidos á la Iglesia, que declarasen que el Espíritu Santo no era una criatura. Por esto se les llamó desde luego enemigos del Espíritu Santo; y fueron apellidados macedonianos, cuando el semiarriano Macedonio, obispo de Constantinopla (341-60), se puso á su cabeza. Dicha doctrina, expresamente formulada, llamó en gran manera la atención de muchos de los semiarrianos, cuya creencia sobre este dogma fué hasta entonces muy vaga, y los que al punto se separaron de la secta, adhiriéndose á la fe de Nicea. Entonces apareció más evidente aún la diferencia de las doctrinas de los macedonianos y anomianos, y su doctrina fué expresamente condenada por el concilio ecuménico de Constantinopla (381). Allí se proclamó solemnemente á «un Dios; tres personas en Dios, el Padre, el Hijo que ha sido engendrado, y el Espíritu Santo que procede de los dos.» Este dogma de la Santísima Trinidad, fundamento y resumen de la fe católica, se halla completamente formulado en lo que se llama el Símbolo de San Atanasio.

Mientras que los doctores de la Iglesia griega, con pocas excepciones, admitían la idea del Hijo, y temiendo admitir una subordinación

del Espíritu Santo respecto de la segunda Persona, se aferraban en la opinion de que el Espíritu Santo procedía sólo del Padre, los doctores más perspicuos de la Iglesia de Occidente, Hilario, Ambrosio y Agustín, comprendieron y expusieron desde luego la idea de la Trinidad en sus términos constitutivos y en sus relaciones, proclamando que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo. El concilio de Toledo (589) añadió el *Filioque* al símbolo de Nicea.

La controversia arriana presenta en todas sus fases, y especialmente en la interpretación de las santas Escrituras, el espectáculo de la lucha de una especulación inteligente y profunda contra un racionalismo seco y abstracto. Arrio y su principal adversario, Atanasio, son desde un principio los representantes de esta doble dirección teológica, cuyo origen nos explica la historia. Arrio había salido de la célebre escuela del sacerdote Luciano en Antioquía, al paso que Atanasio había sido formado en la escuela de Alejandría, donde tan venerado fué Orígenes. En ella se conservaba la predilección de este sabio por las explicaciones alegóricas, las especulaciones profundas y una parte de las teorías platónicas. Esta tendencia alta é inteligente, purificada de los excesos en que cayó Orígenes, atrajo á los más grandes doctores de la Iglesia de aquel tiempo, Atanasio, Basilio Magno, obispo de Cesarea, Gregorio, obispo de Nicea, Gregorio, obispo de Nacianza, el ciego Dídimo, y el mismo Eusebio de Cesarea: en Occidente, Hilario, el profundo intérprete del dogma de la Trinidad, Ambrosio y su incomparable discípulo Agustín, que defendió y desarrolló con tanta firmeza como claridad la proposición de los alejandrinos: «La verdadera ciencia emana de la fe: la fe es la condición absoluta de la ciencia.» Todos estos doctores de la Iglesia insisten en la imposibilidad de comprender el cómo de la unión de la humanidad y divinidad de Jesucristo, y hé aquí por qué trasportan con tanta frecuencia los atributos de la naturaleza humana á la naturaleza divina, y los de ésta á la humana.

La escuela exegética de Antioquía había



adquirido una particular consideración desde Luciano, sacerdote letrado y muy versado en el conocimiento de las santas Escrituras, que había dejado un venerado nombre en la Iglesia con su doloroso y heroico martirio. Siguiendo esta escuela una dirección contraria á la de Alejandría, insistía sobre todo en el estudio del sentido literal y natural de las palabras y de los hechos históricos, y exponía por lo mismo de una manera sumamente práctica la doctrina cristiana; pero rechazaba enteramente el uso de la filosofía, ó sólo empleaba la de Aristóteles. En esta escuela se formaron el disertador y clásico Eusebio, obispo de Emesa, el popular Cirilo de Jerusalén y el poeta Efrén de Siria. Diodoro, obispo de Tarsis (378 hasta el 394), y Teodoro, obispo de Mopsuestia (393-428), fueron los que representaron de la manera más característica las cualidades y defectos de esta escuela, así como Juan Crisóstomo, patriarca de Constantinopla, el orador inspirado y la gloria del sacerdocio, poseyó todas sus ventajas en su mayor pureza.

Por lo que toca al objeto principal de las grandes discusiones de la Iglesia oriental respecto del arrianismo, á saber, la unión de la naturaleza divina y humana en Cristo, los jefes de la escuela racionalista en Antioquía, al contrario de los alejandrinos, pretendían poder resolver la cuestión de una manera evidente, y distinguían y separaban de una manera á veces muy extraña las dos naturalezas de Cristo; pero evitando con escrupuloso cuidado la trasposición recíproca de los atributos, solía parecer que no admitían en Cristo más que union *secundum benevolentiam* ó *secundum gratiam*.

Estas dos escuelas teológicas siguieron su dirección respectiva, la una frente á la otra, sin combatirse positivamente, hasta el punto en que surgieron vivísimas discusiones sobre las diversas opiniones de Orígenes. Por una parte se atacó, sin poder echarla por tierra, la dirección que Orígenes había impreso á la exégesis, y por otra no dejó de hacerse sospechar la exégesis de la escuela de Antioquía con motivo de las nuevas herejías que promovieron sus partidarios. Con todo, se conservó la di-

rección histórico-teológica, siendo su principal defensor Epifanio, obispo de Salamina. De la misma manera se perpetuó la dirección especulativa y mística, que se descubre especialmente en los escritos atribuidos á Dionisio el Areopagita (siglo V), y que llegaron á ser con el tiempo la fuente donde bebieron los místicos especulativos. Á esta categoría corresponden también los escritos de Dídimo y Macario el Antiguo.

Habíanse suscitado dificultades sobre la doctrina de Orígenes desde el final del último período, habiendo emprendido su justificación Gregorio el Taumaturgo, admirador y discípulo del primero. Una vez iniciada la controversia, duró siglos enteros: especialmente se echaba en cara á Orígenes su tendencia enteramente idealista, sus interpretaciones demasiado espiritualistas y demasiado alegóricas de diversos dogmas, tales como los de la resurrección y la Eucaristía, y por último, la facilidad con que había introducido en las tradiciones de la Iglesia la mezcla de principios filosóficos contradictorios, creyendo por este medio hacer más accesible la doctrina cristiana á los paganos y gentes del mundo. También se le motejaban algunas expresiones impropias sobre el Verbo y opiniones erróneas, como la de la preexistencia de las almas y la creación eterna, fundada en que no se puede concebir mudanza en Dios, y como consecuencia de todo esto la negación de las penas eternas del infierno, etc. Su desgraciada obra, titulada *Perrarchon*, abandonada ó corregida en parte por sus escritos posteriores, fué la que especialmente había dado origen á estas acusaciones. Por otra parte, como el mismo Orígenes se lamentaba de ello, los herejes habían introducido, con intención siniestra, errores en sus obras; y aun cuando la contradicción manifiesta que existía entre estos textos interpolados y el cuerpo de la obra hubiera debido ser parte á defender á Orígenes, sin embargo, en tales tiempos de fermentación religiosa y apasionada polémica no se paró mientes en ello, y nuevos motivos de oposición llegaron á oscurecer y envenenar su causa. Á principios del siglo IV, atacó algunos errores de Oríge-